

CARNAVAL EN VENEZIA

Por MARIO PONCE DE LEON

La guerra ha devuelto a Venecia parte de su viejo encanto, del encanto que todas las cosas del mundo tenían cuando no estaban demasiado alejadas de la Naturaleza. Venecia ha recobrado parte del silencio y de la luz atenuada. Hay que verla en la noche—negro y verdemar—. Ahora, sin electricidad y sin lanchas de motor, se sienten los verdaderos ruidos de las aguas, el contacto del remo, la canción alejada; se ven mejor las sombras; nunca hay menos Carnaval en Venecia, y, sin embargo, hablemos del Carnaval.

Cuando se ha dicho que los Estados Italianos del Renacimiento hacían la política como una obra de arte, se hacía referencia más bien a Florencia, Milán, Urbino, etc. Venecia siempre estaba un poco al margen, y, por encima de aquellos, tenía demasiada potencia para perderse en las abstracciones puras del Renacimiento. Por ello, su política es un modelo de «realismo artístico»: no pierde jamás de vista el sentido utilitario, pero lo reviste de formas maravillosas y de movimientos estetizantes. La pompa veneciana es la única que adquiere en Italia, juntamente con la papal, un carácter asentado, hierático, definitivo.

Pero no era sólo forma Venecia. Gracias a un esfuerzo genial, con resultados evidentes de bienestar y opulencia, se pudo allí canalizar la inquietud del genio italiano, que originaba en los demás Estados un constante cambiar de forma y jefaturas. Una voluntad de hierro y un sistema estatal inflexible permitieron a la Serenísima mantenerse altivamente en pie hasta los tiempos modernos; en el fondo, el freno había llegado a formar parte del alma del veneciano, el cual, sin embargo, se evadía a la primera ocasión. Y una ocasión ligera, pequeña, pero evidente, era el Carnaval.

El Carnaval ha sido lo asiático, lo vagoroso, «el Misterio de Europa». El europeo aprendió con los griegos y con Santo Tomás a organizarse, a organizar desde la más pequeña parte de su vida material hasta lo más espiritual y complicado del ser. Se busca la razón y la explicación a todo, se procura hacer progresar la Naturaleza, limarla, hacer del hombre un animal sociable de instintos estilizados e ideas claras; se trata de eliminar lo misterioso, lo indeciso, lo abisal—Asia era todo lo contrario: era el misterio del hombre disuelto y adormecido en la Naturaleza—. Pero, no obstante, dentro del europeo, en su parte cósmica y ancestral, hay siempre un sentido de rebeldía y de ímpetu irracional y selvático, natural podemos decir.

Y por ello, Europa, especialmente desde el medievo, esto es, cuando el cristianismo termina con las válvulas de escape de la vieja civilización germánica, de una parte, y de la propia civilización pagana, de la otra—ya que en ambas el sentido de lo instintivo, de lo flexible, de lo natural, tenía todavía muchos aspectos libres—, necesita organizar con evidencia esta tendencia de libertad primitiva, de naturaleza instintiva, y llegan desde los viejos misterios de Eleusis y las Bacanales, por las procesiones de locos, hasta plasmar el Carnaval.

Y si lo que hemos dicho se refiere a Europa, mejor lo podemos decir en razón a Venecia, en donde el sentido de organización era aún más rígido. Y justamente por el mayor contraste, mientras en otros ambientes más simples la misma naturalidad de la vida hacía que el Carnaval no se tomase demasiado en serio, en Venecia era como un respiro, como algo maravilloso, en que los venecianos podían vivir alegremente, sin pagar, por un poco de tiempo, el duro precio que por su política y su bienestar pagaban.

Pero no podía pasarse impunemente, y sobre todo absolutamente, del freno a la libertad, de la disciplina al caos. Por eso, el Carnaval veneciano está verdaderamente lleno de esos lugares comunes sobre los contrastes: lujo y miseria, dolor y goce desmesurados, amor y crimen. Y todo vivido en una atmósfera de belleza propia del marco en que se desarrollaba.

En los frescos de Tíepolo, en los cuadros de Longhi, se ve perfectamente este claroscuro del Carnaval veneciano, esos terribles payasos peleles, que son como sombras vivas, como monstruos que comienzan a desperezarse o que se dedican a asustar a la inocencia; ese baile con terribles caretas blancas que parecen ocultar esqueletos; ese viejo polichinela, el minueto campestre, todo está lleno de belleza; pero no hay demasiada alegría; parece como si las personas enmascaradas se avergonzasen de sí mismas, como si fueran bailes y escenas de muertos que se divierten silenciosamente. Parece que, siendo Carnaval, debía haber alegría—podemos recordar la euforia de los cuadros franceses que evocan la vida diaria—, y, sin embargo, aquí, en Venecia, en tiempo de Carnaval, debía costar un gran esfuerzo el alegrarse. Quizá el Miércoles de Ceniza amenazaba con «los plomos», quizá la máscara ocultaba un alma endurecida por un comercio centenario o por un dominio perfecto en los Consejos de la ciudad; quizá ocultaba una ruina económica; quizá una experiencia instintiva adquirida con siglos de informes diplomáticos...

Pero todo ello hace que el Carnaval sea perfecto, que surja la máscara, en el verdadero sentido de la palabra, como una abstracción frívola o grotesca que adquiere valor por sí misma. No son personas disfrazadas, son entes creados con una inteligencia refinada y cansada. Pero debemos reconocer que allí, como en todas partes, habría sentimiento, humanidad y gracia, y que algunos de aquellos bailes o fiestas populares, estarían salpicadas de sonrisas y de alegría ligera. La mezcla de misterio, de tragedia lontana, de gracia y elegancia, hay que reconocer que estalla en música. Y no sé por qué el recuerdo me lleva dulcemente a los cuentos de Hoffmann.